

Propósitos, perspectivas y finalidades del hecho educativo: una reflexión en torno de los procesos formativos

Por Viviana Román González
Grupo INES
Facultad de Educación

“El conocimiento, y, por ende, la educación, es el primer paso para ensanchar el mundo, recuperar la dignidad y construir la esperanza”.
Paulo Freire

El hombre de todos los tiempos ha llevado a cabo labores en pro del desarrollo de su comunidad y de sus habitantes. La educación constituye uno de los más representativos, como una actividad inserta en todos los campos de la vida, reflejo de los cambios sociales propios de la continuidad histórica y, al mismo tiempo, uno de los principales propulsores de sus transformaciones. Basada en la comprensión de esta realidad, la presente discusión pretende afirmarse en la opinión de que el hecho educativo como promotor real de cambios sociales positivos será posible si la sociedad en general mantiene una actitud abierta hacia el cambio, consciente

del proceso permanente de formación del ser como unidad integral, de la complejidad del universo humano y de la enorme responsabilidad que entraña una labor cuyo corazón es la formación para una liberación en la cual hombres y mujeres sean capaces de asumirse como dueños de su propio destino.

En este orden de ideas, el pensador español Antonio Monclús, en su libro “Educación y cruce de culturas” (2004), introduce conceptos clave para el desarrollo de diversos argumentos en torno al hecho educativo. Uno de ellos, la formación permanente de los individuos, se erige teniendo como base la noción de construcción diaria de las personas. De esta manera, los espacios y actores específicos de la educación dejan de estar circunscritos a los patrones ya establecidos, para comenzar a interactuar de manera complementaria. Aplicado a la vida real, este principio permite a

los estudiantes comprender que el aprendizaje es un proceso presente en todas las actividades, cuyo alcance, más allá de memorizar o entender una información dada, se extiende hacia el aprendizaje para la vida en comunidad. Para llevarlo a la práctica, es de vital importancia el planteamiento de Freire en torno a la actitud de búsqueda permanente, nacida de la conciencia de incompletitud, la cual conduce de forma natural a la disposición de aprender de toda realidad.

Sin embargo, parece existir un letargo, un conformismo bien arraigado en el facilismo de la transmisión, razón por la cual todavía existen prácticas centradas en un docente poseedor de la verdad absoluta, así como afanes tradicionalistas de acumulación de información. La reflexión necesaria en este caso se encamina hacia el desarrollo de habilidades antes que en la fijación de contenidos. Como afirma Monclús (2004), en una sociedad cuyo avance vertiginoso deja atrás rápidamente los “temas”, la formación debe encaminarse hacia el manejo de habilidades del pensamiento, pues sus frutos capacitan al estudiante para desenvolverse de forma autónoma, para tomar decisiones, para adaptarse al cambio adoptando estrategias convivenciales y procedimentales. En fin, visto desde esta perspectiva, educadores y actores educativos deben desplazar su eje articulador, aunque este paso signifique derrumbar paradigmas vigentes a lo largo de muchos años. Lo importante

del asunto es realizar el cambio, principalmente por la sociedad, que, dadas sus condiciones, pide a gritos este gran salto cualitativo.

De la misma manera, este cambio, deseable en toda sociedad y para todo momento histórico, debe incluir una posición desde la cual se conciba y posibilite el pensamiento complejo, entendido como la herramienta perspectiva desde la cual el mundo se torna descifrable. Este proceso no implica un simplismo desde el cual se proclamen como verdades conceptos a medias, sino la conceptualización del mundo de forma comprensible. Así, es el docente, quien, al abordar el mundo desde su entendimiento, posibilitará un aprendizaje de conceptos complejos traducidos a su versión inteligible, pues desde la comprensión de una realidad surge la posibilidad de utilizar ese conocimiento en diversos contextos. Por ende, la tarea consiste en abrir para los estudiantes la ventana al entender y, más allá, a la comunicación de aquello que se obtuvo del proceso.

Finalmente, esta reflexión, al ser un medio para la discusión abierta de temáticas puntuales en torno del hecho educativo, es una invitación para expresar puntos de vista, así como para cuestionar las prácticas que, en la vida real, se dan hoy en muchas aulas de clase. Tristemente, muchas de ellas están inmersas en una mentalidad “bancaria”, que Freire (2003) denomina pragmatismo neoliberal, desde el cual los actores educativos ven como su finalidad la formación

para hacer, para producir, de acuerdo con unos intereses bien definidos en el plano político-económico. Esta concepción, lejos de cumplir con un propósito humanizante, aliena al estudiante, lo convierte en un simple medio para alcanzar, en lo cual el afán de construcción del ser humano se agazapa bajo la bandera de los fines utilitaristas.

Es desde esta vivencia diaria desde donde se plantea la utopía inherente a la práctica educativa. Y es que, sin esa práctica esperanzada en aprovechar cada momento para sacar y aprovechar lo máximo de los seres humanos en formación, sin esos ideales de formación integral de la persona y su comunidad, sin esa concepción idealista de la inclusión social, del diálogo entre iguales, de las negociaciones libres

de opresión, la educación se reduce a una labor mecanicista sin proyección fructífera y, por ende, inútil, vacía. Así, cada jornada escolar, cada paso en el proceso de formación debe convertirse en el reto de acrecentar esa utopía, esa esperanza y por lo tanto, esa lucha a favor de la educación para la liberación, es decir, para el desarrollo de conciencias autónomas, curiosas, críticas que, más allá de los contenidos, reflexionen en torno a ellos con un sentido transformador para el bien. Porque, como afirmó Freire (2003), somos seres humanos antes que especialistas, y la realidad social reclama gente comprometida con este pensamiento de carácter eminentemente comunitario, posibilitador para la paz, para el crecimiento y la dignificación humanos.

Referencias

Freire, Paulo. (2003). El grito manso. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Freire, Paulo. (2003). La educación como práctica de la libertad. Bogotá: América Latina.

Monclús, Antonio. (2004). Educación y cruce de culturas. México: Fondo de Cultura Económica.